

Latinoamérica y la cuestión de la identidad*

Rosa Licata

El libro que Leopoldo Zea presenta como compilador se organiza con los trabajos de estudiosos invitados al *Simposium* realizado en México durante octubre de 1988 y que llevó por título «Quinientos años de historia, sentido y proyección». El orden de los trabajos respondió a la siguiente temática: I- Balance general; II- Quinientos años después: Problemas sociales, políticos, económicos, culturales; III- Presencia indígena y su participación en la historia; IV- Mestización racial y cultural; V- ¿Qué hacer con quinientos años de historia?

Al hacer estas notas recuperamos el epígrafe de José Luis Romero que aparece en el primer trabajo integrante del volumen: «la historia no se ocupa del pasado. Le pregunta al pasado cosas que le interesan al hombre de hoy». Entre esos interrogantes, vamos a privilegiar el tipo de relaciones que se establecen entre América y Europa, las reflexiones sobre la identidad y, en función, de ellas cómo se posibilita un cierto futuro en los aportes reunidos en la obra.

Gregario Weinberg señala, en su intento de hacer balance, que nuestras metas se siguen diseñando desde otros lugares como un modo más de continuar nuestra situación de dependencia. Además, el propósito de univer-

* Leopoldo Zea (compilador). *Quinientos años de historia, sentido y proyección*. México, F.C.E.1991.

salidad con que se enfocan los problemas actualmente pone en peligro nuestra identidad y sólo asegura la participación como marginados, postergados y a la vez endeudados. Sentir que las conquistas no pertenecen al pasado y que por lo tanto es necesario revisar sus armas para poder hacerle frente, es el espacio que configura el artículo.

Según ya adelantara en otros trabajos, para Weinberg la historia de la cultura de América se distingue en tres momentos: el de la imposición; el de la aceptación que abarca desde la independencia hasta 1930; y el ya largo, de 50 años de cultura criticada o discutida. Inmersos en esta última etapa aún no encontramos modos de participación que afronten responsabilidades pero a la vez que demuestren eficiencia en las soluciones. Comparte con Leopoldo Zea la necesidad de variar las relaciones verticales de dependencia por las horizontales de solidaridad con el Viejo Mundo. Como apéndice del trabajo aparece un texto de Bernardino de Sahagún y otro de Diderot donde, de modo diverso, ambos autores dan cuenta lúcidamente de la situación de injusta dependencia que padecen nuestros pueblos americanos.

Como parte de este recuento histórico Domingo Miliani, de Venezuela, nos habla de la irrupción de América en los anales de lo fantástico. Invento en lugar de descubrimiento; desencuentros en lugar de encuentros. Un largo pasado de incompreensión y lo que más preocupa son las próximas metas al estar inscriptos en los libros del Fondo Monetario Internacional.

Samuel Silva-Gotay, teólogo de la liberación, de Puerto Rico, encuadra esta búsqueda del sentido del V Centenario en una decisión liberadora: apropiamos de una historia ajena y a partir de nuestra afirmación eliminar su carácter opresivo y apuntar a un futuro sin colonias. Para esta tarea la palabra no alcanza; se necesita de una práctica, de una política que sustente el poder suficiente para la liberación de los pobres. Se trata de reconocer el trabajo como lo que determina lo que somos y que ser libre es dejar de «construir para que otro habite y dejar de sembrar para que otro coma» según las palabras de Isaías. La nueva historia deberá tener como base el reconocimiento del trabajo para hacer efectiva la denuncia de la instrumentalización de la fe cristiana por el aparato productivo y de dominación esclavista. En su opinión estas reflexiones del *Simposium* deberían servir para ser realistas; habría que intentar lo imposible y llevar estas voces ante organismos económicos y militares.

El artículo revela la identidad del Caribe cuyo desconocimiento aparece como parte de la deuda Que América tiene consigo misma y Que mantiene por la vigencia de una valoración eurocéntrica de la cultura.

Del «Encuentro de dos mundos, resultante del Descubrimiento de América por Europa» Arturo Ardao, uruguayo, destaca el aspecto lingüístico con todo lo que tuvo de barrera y a la vez de comunicación. Su esquema dialéctico postula una relación de mutua determinación entre hechos e ideas.

El encuentro lingüístico ha tenido diversos momentos, tales como el de la conquista, el de la colonización, el de la inmigración; algunos antes, otros después de la independencia. De esos encuentros se fue configurando la idea y el nombre que aparece al cabo de tres siglos y medio. La Europa misma realiza un autorreconocimiento como resulta de esos encuentros lingüísticos. El número de lenguas puestas en contacto fue inmenso. Las nuestras y las de Europa, Asia y África. La idea y el nombre de América Latina aparece como una tardía comprobación de pertenencia al universo romántico o latino en el amplio sentido de latinidad que se impone en el siglo XIX. Pero no habría sido posible sin el gran encuentro de los dos mundos, el Viejo y el Nuevo. América comenzó a ser latina como realidad en aquel encuentro también lingüístico de fines del siglo XV aunque no apareciera aún la idea y el nombre de Latinoamérica. La función activa de la palabra se muestra en hacer patente una realidad que se va perfilando a través de las relaciones humanas objetivadas en las voces. De este modo, se registra la pertenencia a la civilización latina en contraposición con la sajona.

Entre los trabajos agrupados en el apartado «Quinientos años después: Problemas sociales, políticos, económicos y culturales» aparece el de Manuel Maldonado-Denis, portorriqueño, recordando los aspectos positivos y negativos de aquel espíritu científico que se debate frente a la superstición y el error dogmático. Su postura coincide en este aspecto con Eugenio María de Hostos. Además reconoce que las conquistas, las colonizaciones, los racismos y esclavismos son todos procesos de dominación. De ese colonialismo que sufrió América se derivó, como supremo legado, la degradación de la fuerza de trabajo india y negra. A partir de estos procesos se produjo la gran hecatombe demográfica, según la terminología de Celso Furtado.

La colonización de España comenzó en 1492, la de EE.UU. en 1898. La doctrina Monroe se presenta con mayor eficacia. Sería conveniente recuperar para la historia los procesos de resistencia como el revés de las sucesivas conquistas.

Blanca París de Oddone, uruguayo, se ocupa de «La universidad latinoamericana al encuentro del futuro». Su análisis de la institución tiene como base la universidad concebida con una fuerte proyección social en la promoción y creación de cultura. En esta línea, la labor universitaria se

especifica como despertar del espíritu crítico y de la autonomía intelectual. En la historia universitaria latinoamericana el manifiesto de 1918 aparece como la identificación de un importante nucleamiento de jóvenes. Entre sus carencias actuales señala el insistir en la formación de profesionales para la vida independiente en desmedro de la investigación y la extensión como tareas propias o deseables para nuestras casas de estudio. Su juicio sobre ellas es que no han superado el modelo del siglo diecinueve cuyas notas varían entre burocráticas y profesionalistas, pues señala que: universidad abierta o a distancia; educación permanente; departamentalización para coordinar e integrar tareas de investigación, son pequeños intentos aislados que existen en ellas pero que están lejos de servir para caracterizarlas.

La reflexión central aportada por Federico Ehlers de Ecuador, alude a la necesidad de incrementar nuevos mecanismos de comunicación popular para hacer lugar a una realidad americana plural y mestiza, muy distinta a la europea cuyos logros no nos representan como cultura y civilización. Nuestro mutuo desconocimiento sigue atentando contra las dos claves del futuro: identidad y unidad de América Latina.

En «Los usos de la historia» presentado por Ignacio Sosa, de México, se hace crítica de las tendencias historiográficas que influyeron en las décadas de los 60 y 70 pues, según su opinión, «generaron más que resultados reales de interdisciplina, de apoyo mutuo entre las diversas ciencias sociales, una retórica sobre la científicidad de los métodos y de la fecundidad del diálogo». Desde esta perspectiva concluye que «para los científicos sociales la historia cumple, antes que nada, una función política y que la preocupación académica se entiende no como interés científico por conocer la verdad sino como compromiso para lograr la liberación nacional», cosa que a este autor *no* le despierta mayor interés.

En el tercer apartado del libro «Presencia indígena y su participación en la historia», Carlos Guzmán Bockler, Guatemala, nos habla de la situación actual de los indios frente al Quinto Centenario. La variación en las formas de dominación y apropiación se ha prolongado y por lo tanto los pueblos indígenas no verán en la oportunidad más que la memoria de una gran desgracia. La esperanza se centra en la madurez de dirigentes para propiciar el diálogo igualitario, aquel que aún no se ha dado.

«La cultura indígena 500 años después» según Luis Guillermo Lumbreras, de Perú, presenta los efectos de la aplicación de la razón colonial a nuestros pueblos. La confrontación cultural tuvo dos resultados: genocidio y luego el congelamiento y envilecimiento de un patrimonio cultural acumulado por

milenios. La propuesta se ajusta en ejercitar una razón nacional que permita al pueblo indígena avanzar sobre ellos mismos y diseñar un programa para ser libres y soberanos.

La búsqueda del sujeto emisor de textos latinoamericanos permite a Carlos Paladines, de Ecuador, ocuparse de «Discurso indígena y discurso de ruptura». Este último tiene como experiencia de base no la integración sino el extrañamiento propio de estados emocionales negativos producidos por la insatisfacción de demandas, más que individuales, propias de una sociedad dada. De allí la función disruptiva del decir, cuya importancia se revela en la constitución de legitimación de la filosofía y las ciencias sociales.

Con motivo del Quinto Centenario, Paladines recoge declaraciones de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador y de otras instituciones voceras de distintos grupos que operan en México, Perú, Colombia. En este caso se presenta un típico discurso de ruptura cuyo denominador común frente al evento es el reclamo por la aniquilación de su mundo material y espiritual.

Las denuncias y acusaciones son posibles de rastrear en la historia de la experiencia y conciencia tanto universal como latinoamericana, ya través de ellas diferenciar situaciones históricas, sujetos culturales y sociales.

A los discursos rupturales del pasado se suman los del presente en función de precisar el futuro. Lo más destacable es el desplazamiento del sujeto indigenista por el indianista como manifestación de autovaloración de esos pueblos. Ya no hay representantes, hoy los indios hacen sus propios reclamos y esto ha generado tanto encuentros como desencuentros. Han logrado canales de reconocimientos y participación en diversos países latinoamericanos. Es manifiesta su capacidad de auto gestión en su interés por formas de organización y reclamos en el plano práctico y productivo. También es observable un cambio en los contenidos del reclamo. Si bien las viejas demandas siguen en pie, se reconocen valores y conflictos interiores que como seres históricos también padecen. Otro desplazamiento se ha producido en cuanto a los códigos de fundamentación del mensaje indígena. Antes, desde el paternalismo, el clericalismo, el romanticismo o el liberalismo se defendía de modo lacrimógeno al indígena; hoy, desde sí mismos, en su propio autorreconocimiento y en el interior del sistema de relaciones humanas y sociales, implementan sus alegatos. También han variado las formas de dominación y hoy las comunidades se ven enfrentadas a enemigos cada vez más sofisticados como las sectas religiosas y las «pesadas» ayudas internacionales. Los modos de control a través de la razón instrumental o las

propuestas de la sociedad posindustrial son otros modelos de realización que se imponen a estos pueblos.

El desconocimiento del universo indígena favorece que se «olviden» dimensiones y pautas de su mensaje, pero es evidente que su resistencia ha sido positiva. Los rechazos han sido modos de autoprotección y valoración. Es de esperar que los actuales movimientos a favor de la unidad de estos pueblos los lleve a iniciar sueños de mayor envergadura.

En «Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en hispanoamérica» Juan Antonio Ortega y Medina, de México, nos refiere palabras de Alfonso Reyes para la comprensión de la importancia de lo ibérico en Latinoamérica por haber hecho y sostenido el mestizaje. Como negadores de esta tradición son apuntados los liberales decimonónicos que estuvieron prontos a desprenderse de la herencia española como también de menospreciar el mestizaje. La línea de pensamiento que el autor destaca aparece corroborada por Martí y Vasconcelos en tanto reivindicadores del espíritu latinoamericano y de la identidad plural en oposición al pragmatismo anglosajón.

Con «Simbólica del tiempo y mestizaje cultural» Enrique Hernández, de Argentina, establece diferencias entre América y Europa y los resultados de aquella primera travesía de 1492. La revisión histórica de los 500 años lo llevan a hacer una propuesta superadora. El hombre europeo y el americano se confrontan en cuanto a experiencia, concepción y expresión del tiempo. En el primer caso, la tensión futura, competitiva y desgarrante se manifiesta a través de la escritura. En cambio el hombre americano, instalado en el presente, se resiste a entrar en una historia que no le corresponde. La utilización del lenguaje como vehículo de acercamiento es parte de su experiencia.

Al considerar lo latinoamericano se distinguen dos productos de la conquista: el mestizaje y los conquistados que representan la Europa intramericana. La historia popular propia del mestizaje tiene como temple el dejarse estar, el rebelarse y el soportar. De otro modo está el tiempo de la urgencia, el progreso, el silencio del habitante. Quienes lo viven permanecen en una ambigüedad, en especial, por una independencia mental no lograda.

La superación que se vislumbra parte de un autodescubrimiento, en el que se destaca el sentido unitario de una praxis histórica de nuestros pueblos americanos, junto a un ideal de justicia para el logro de la liberación.

La tarea de asumir el rostro mestizo de América, políticamente, debe coincidir con la decisión histórica de soberanía y posponer los proyectos de desarrollo de complementación internacional dominantes hasta ahora.

Juan Oddone, de Uruguay, hace sus aportes a través de «Notas sobre el problema de la identidad latinoamericana». Allí reconoce que los procesos políticos y sociales, llevados a cabo por distintos grupos ideológicos permiten diferenciar fuerzas hegemónicas y fuerzas disgregantes; las ciudades y el interior. La organización nacional es reconocida como obra de los románticos entre los que se afirma lo americano como lo no español.

En nuestro siglo los aportes de Samuel Ramos y luego los de Zea han privilegiado el tema de lo latinoamericano en relación con la historia universal. Posteriormente con el éxito de la literatura, fue reconocido por los de afuera.

Nuestro panorama social interno sufre variaciones importantes a partir de la Segunda Guerra Mundial. En toda América se produce una expansión de las masas indígenas según se nota en Nicaragua, El Salvador, Ecuador, Perú y Bolivia y el norte y el este Argentino. La América mestiza y mulata que padeció el violento proceso de aculturación ha visto resurgir sus tradiciones vernáculas y para ella se vislumbran posibilidades de mejorar a través de la integración, con el fin de atender problemas comunes.

«Mestización racial y cultural en la elaboración de un futuro común latinoamericano» por Otto Morales Benitez, de Colombia, se pregunta si seremos capaces de integrarnos como pueblos libres para las realizaciones de un futuro común. Es necesario pensar, desde Indoamérica, certezas para el porvenir antes de condenas al pasado.

La celebración de esta fecha nos halla a los países indoamericanos, de acuerdo en una batalla por la total emancipación intelectual. Con este objetivo, el tema del mestizaje es analizado como el hecho de enfrentar la vida en Indoamérica. La autoridad de Alfonso Reyes es aludida para señalar que el actor o personaje, para su argumento, viene a ser la inteligencia.

El apartado «¿Qué hacer con quinientos años de historia?» contiene un artículo de Abelardo Villegas, de México, con esa misma denominación. Recuerda este autor la propuesta hecha en este sentido por Leopoldo Zea que está de acuerdo con procedimientos del psicoanálisis en los que se insiste en el recuerdo de la opresión como modo de superar el trauma. El problema está frente al futuro: ¿qué debemos hacer? Hoy se asumen por parte del dominado las metas del dominador.

No podemos liberarnos del colonialismo y a la vez aceptar el concepto de modernización del imperio. Nuestros logros deberían apuntar a elaborar una civilización científica y tecnológica congruente con una ética humanista. Para esto Villegas recuerda una carta del *Che Guevara* en que hace perfil del

hombre del siglo XXI y advierte su crítica a las formas históricas del socialismo por considerarlas todavía como prehistoria humana.

Alejandro Serrano Caldera, de Nicaragua, nos aporta «Historia como reafirmación o como destrucción». El punto de partida de sus notas es la desunión y hasta la confrontación de los países latinoamericanos, que vincula con la carencia de una verdadera identidad. La solución se podría alcanzar en una síntesis que abarcara nacionalidades y culturas.

Para esta búsqueda la nación aparece como proyecto de futuro y se la concibe como una entidad viva que admite superaciones. La unidad latinoamericana sería una consecuencia del logro de la identidad y la nación respectivamente. La problemática de la región sería algo para resolver con posterioridad a la constitución de la nación. La nación a nivel de cada país tiene en el antiimperialismo y en su lucha frente a las transnacionales, un elemento de afirmación y expresión de identidad. La revolución en América Latina le da realidad a la nación y a la vez es una confirmación de su propia voluntad. Ciertamente que el problema de la identidad nacional está íntimamente relacionado con la destrucción de la cultura indígena. En América ha permanecido la dualidad cultura-dominante/ cultura-dominada, y las culturas precolombinas son símbolo para el rechazo de la dominación y manipulación cultural presentes, pues no se puede atribuir al símbolo status de realidad. Este es el problema del blanco, pero no del mestizo de nuestras tierras. Algunos indios han logrado cierta autonomía que les permite superar la asimilación, la integración y la incorporación. Desde esta perspectiva, el Estado Nación ensaya, por lo menos en Nicaragua, una nación multiétnica y multilingüe. Buscar la Independencia y Soberanía nacional se logra sin desconocer la autonomía de las etnias. Habría que reconocer en ellas el ejercicio de la armonía con la naturaleza y ver reflejadas las semillas del porvenir. De todos modos el futuro nos irá alcanzando con viejos problemas sin solucionar. Ante todo, debemos proceder críticamente para no perder la dimensión humana del progreso, reafirmar los valores universales e integrarlos a nuestra cultura fundamental como tarea de reflexión; pero a la vez iniciar la acción para llevar lo nuestro a los valores de la postmodernidad y transformarla.

La revolución tecnológica tiene como resultado esa disociación de las individualidades. Se vive una crisis de síntesis. Es la estructura socioeconómica ligada al poder político del cual el aparato tecnológico forma la parte que destruye al hombre.

Con el propósito de una verdadera distensión de los conflictos, lo

económico debe enfocarse unido a lo político, y a su vez la justicia debe intentarlo tanto a nivel internacional como interno. La deuda externa debería tratarse en el grupo de los deudores para ajustar la vinculación entre realidades y expectativas. El temor ante la dominación y la destrucción es mayor, por la sutilidad de sus métodos.

En «Cinco siglos de América» Germán Arciniegas, de Colombia, dedica una muy breve y a la vez positiva visión de América que contrapone en un renovado intento de hacer la inversión de Hegel. Señala que entre quienes llegaron a América se matizan dos grupos: los conquistadores y los buscadores de utopías, aquellos que buscaban emancipación que son a la vez los que emigraron por no tener cabida en el Viejo Mundo y que fueron los que instalaron repúblicas y no imperios. Desde este punto de mira, la protesta más grande contra Europa es la emigración a América. La propuesta de Arciniegas es que se descubra a esta Patria grande como el personaje destinado a cambiarlo todo, como la esperanza del universo liberado. Sin embargo, este planteo nos inquieta, pues nos da a pensar en un nuevo retaceo de lo nuestro en el sentido de tener que cumplir con una tarea que a ellos les corresponde.

De «Mundo nuevo» habla Guillermo Castro Herrera, Panamá, como producto de una creación a la que concurren España, América y África, y cuyo estado de crisis en su desarrollo, señala el agotamiento de los marcos en que hasta ahora ha tenido lugar. América, con sus presentes problemas, es resultado del sistema colonial que sustentó la expansión del capitalismo. En esta coyuntura del Quinto Centenario, el debate entre indigenistas e hispanistas es infructuoso; pues ambas posturas pertenecen a la defensa de realidades pretéritas. En su lugar, propone la búsqueda de caminos hacia mundos nuevos, donde otras formas sociales permitan a nuestros pueblos la tarea de constituirse como naciones. Aquí, según sus palabras, debería centrarse la finalidad política del encuentro por esta celebración. La conciencia lograda a través del planteo de la dependencia, ha permitida a América convertirse en un centro de renovación de la cultura.

En suma, desde un encuadre epistemológico, los trabajos de este volumen responden a la historia de las ideas, donde lo relativo y la particularidad han sido objeto de consideración. La identidad, como tarea de construcción a través del auto y heteroreconocimiento, se presenta en un suceder de negaciones y recomienzos, que a su vez, se sigue postulando dentro de los marcos del mutuo entendimiento y aceptación. Estas visiones de la cultura americana confirman la necesidad de respaldarnos en la defensa de nuestras diferencias. Las totalidades opresivas se renuevan, pero no más que nuestros

proyectos libertarios, y en esto creemos contar con aliados internos y externos. El blanco de nuestras luchas deberían ser nuestras propias instituciones, aquellas estructuradas para legitimar las bases de la desigualdad interna y a la vez, pertrecharnos en la integración latinoamericana.